



UNIVERSIDAD LA SALLE

**FACULTAD DE FILOSOFIA
INCORPORADA A LA UNAM**

**EL CONCEPTO DE HOMBRE EN EL
PENSAMIENTO DE MIGUEL DE UNAMUNO**

**TESINA PROFESIONAL
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN FILOSOFÍA**

**PRESENTA:
LOURDES GUADALUPE IRIZARRY CAMPERO**

**ASESOR DE TESIS:
LIC. JOSÉ IGNACIO RIVERO CALDERÓN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



AUTORIZACIÓN DE IMPRESIÓN DE TESIS

C. DIRECTOR GENERAL DE INCORPORACIÓN Y
REVALIDACIÓN DE ESTUDIOS
U N A M
PRESENTE

Me permito informar a usted que la tesis titulada: _____

“El concepto de hombre en el pensamiento de Miguel Unamuno”

Elaborada por:

Irizarry

Campero

Lourdes Guadalupe

Alumno(a) de la carrera de Licenciada en Filosofía

No. de Cta. 84804581-4

reúne los requisitos académicos para su impresión.

18 de febrero 20 08.

Lic. José Ignacio Rivero
Calderón

Nombre y firma del
Asesor de Tesis



Sello de la
Institución
SERVICIOS ESCOLARES

Lic. José Ignacio Rivero
Calderón

Nombre y firma del
Director de la Escuela ó
Facultad

ÍNDICE

INTRODUCCION.....	
Las condiciones históricas, las fuentes teóricas y la evolución del pensamiento de Miguel de Unamuno.....	2
La generación del 98.....	4
Biografía “De un hombre de carne y hueso”.....	5
Características del pensamiento de Unamuno.....	13
Orígenes e influencias del pensamiento de Unamuno.....	14
Contradicciones en su pensamiento.....	15
Conceptos fundamentales de la antropología Unamuniana.....	16
Capítulo I Hombre.....	26
El hombre como animal religioso.....	32
CAPITULO II LA MUERTE.....	35
CAPITULO III LA FE.....	41
CONCLUSIONES.....	45
BIBLIOGRAFIA.....	48

No me mires a los ojos
sino a la mirada, mira
que quién se queda en la carne
no llega nunca a la vida.

Mírame como aun espejo
que te mira, que quién mira
no más que a los ojos de la carne
según va mirando olvida.

Unamuno Miguel de, *No me mires a los ojos.*

INTRODUCCIÓN

La intervención napoleónica marca el inicio del período turbulento que oscureció el siglo XIX español. Tras la muerte de Fernando VII su hermano Carlos se empeñó en disputar el trono a la hija de Fernando, Isabel, en virtud de la ley sálica, en vigor entre los Borbones pero no aplicada en España, lo que desencadenó las guerras carlistas. Para vencer a los carlistas de tendencia conservadora, la regente María Cristina, madre de Isabel y viuda de Fernando VII, tuvo que apoyarse en los liberales. Comprometida con ellos, autorizó durante la minoría de Isabel 1833 a 1843, varias medidas tales como la abolición de la Inquisición y la ley de desamortización de los bienes de la Iglesia que junto con su escandalosa conducta, dieron pie a la creación de una junta revolucionaria que provocó el exilio de la regente, sustituida por el general Espartero.

La mayoría de edad de Isabel no trajo ningún cambio sustancial: dominada por las circunstancias y una sensualidad insaciable, al igual que su madre, observó cómo el país se convulsionaba en confrontaciones políticas. El pronunciamiento de Narváez y una segunda guerra carlista mantuvieron vivos los enfrentamientos entre progresistas y moderados hasta que la revolución de Prim de 1868 puso fin al reinado de Isabel que tuvo que exiliarse a Francia, pero no a la agitación. El hecho de que las cortes votaran a favor de una monarquía constitucional poniendo a su frente a un personaje neutro, Amadeo de Saboya, causó el disgusto del pretendiente carlista, provocando así la tercera guerra carlista. Ante la imposibilidad de poner orden Amadeo prefirió abdicar en 1873 y después de un breve interludio en que se instauró la Primera República, un nuevo pronunciamiento proclamó rey al hijo de Isabel, Alfonso XIII.

La Restauración fue un período de paz pero desafortunadamente Alfonso XIII falleció en 1885 a la edad de 28 años dejando un hijo póstumo. Su viuda asumió la regencia en un período en el que España, debilitada, perdió frente a los Estados Unidos sus últimas colonias, Cuba y Puerto Rico, de tal forma que al cumplir los dieciséis años de edad

Alfonso XIII subió al trono de una nación replegada en sí misma que había perdido el papel predominante en la esfera internacional.

Alfonso XIII mantuvo a España aislada, y esa neutralidad fue benéfica en el curso de la Primera Guerra Mundial; sin embargo, los antagonismos del siglo XIX no habían desaparecido y cuando despertaron, desgarraron al país. Una sucesión de huelgas y disturbios condujeron al general Miguel Primo de Rivera a declarar la dictadura en 1923 con la anuencia del rey, pero no fue suficiente para sofocar la oposición de izquierda. Ésta se acentuó hasta que los republicanos obtuvieron el triunfo de las elecciones de 1931, por lo que el rey tuvo que abandonar España, pero las fuerzas conservadoras no cedieron ante la proclamación de la Segunda República, y en 1933, José Antonio Primo de Rivera fundó “La Falange”, movimiento opuesto al separatismo regional.

En el año de 1936 se desata una guerra civil y coincide con la muerte de Miguel de Unamuno, esta guerra se prolongaría hasta 1939.

Las condiciones históricas, las fuentes teóricas y la evolución del pensamiento de Miguel de Unamuno

La evolución histórica y cultural de España se puede considerar un fenómeno muy complejo, cuyo análisis constituye una difícil tarea, pero resulta un factor necesario para la comprensión del pensamiento filosófico de Miguel de Unamuno.

La tarea se torna más difícil aún si el período es el de fines de siglo XIX y principios del siglo XX, en la medida en que el mismo confluyen la rica historia española y la nueva situación internacional al producirse el tránsito del capitalismo al imperialismo, a escala mundial, que indudablemente comprometió la estabilidad de las naciones al implicar con su extensión territorial el nuevo reparto del mundo. Esto trae consecuencias para España en su condición de país colonial y la historia que se enmarca desde el descubrimiento de América por Colón en el siglo XV (que abrió enormes perspectivas de desarrollo para el occidente europeo y no para España precisamente, cuya función

realmente fue de intermediaria en el paso de las riquezas americanas a otros países) hasta la pérdida de las posesiones en Asia y América, específicamente Filipinas, Cuba, Puerto Rico) la que se produjo a finales del siglo XIX y se conocería propiamente como el “desastre español”). Estos cuatro siglos de dominación habían hecho de España un Imperio, cuyo sostén era el tradicionalismo.

En la esfera política, el siglo transcurre en el enfrentamiento entre los dos grandes partidos, conservadores y liberales, que se muestran como intereses dinásticos opuestos, acompañados de motines populares, sublevaciones campesinas y urbanas.

A fines del siglo XIX es cuando se puede percibir el verdadero lugar de España en el mundo al romper con el pasado, lo cual repercutiría en la descomposición de los valores existentes y en la necesaria formación de otros nuevos.

Todas estas condiciones propician la atmósfera espiritual de España en la época, en la cual se reitera la actitud de renovación frente a la tradición y la defensa de lo auténticamente español.

A finales del siglo XIX se produce la reacción española ante la influencia espiritual extranjera, en particular la francesa (mediados del siglo XIX) o la alemana posteriormente, la cual debe entenderse mediatizada por la acción ideológica del cuerpo eclesiástico.

En lo que se refiere a Francia, su influencia se concentra con las ideas de la Ilustración, la que con sus particularidades de materialismo y ateísmo, no son aceptadas por la Iglesia. En cuanto a la influencia alemana en España, ésta se da a través del pensamiento de Karl Friedrich Krause (1781-1832), filósofo idealista que pretendía con su filosofía superar el materialismo y el idealismo (su tesis principal “Todo en Dios”). Él consideraba al hombre como la parte más perfecta del mundo que une el principio natural y lo racional. Por lo tanto el pensamiento de Krause se ajustaba a las necesidades ideológicas de la Iglesia.

También se debe mencionar por su gran importancia y repercusiones en la vida cultural y espiritual de España, la Generación del 98, en donde su espíritu de protesta va a despreciar lo extranjero hasta exponer sus decepciones por lo nacional, esto condicionado por lo que se conoce como el “desastre español”, una España sin hegemonía territorial, política ni espiritual.

La Generación del 98

El año de 1898 señala el ocaso y el fin del poderío colonial de España. En tal año la nación perdió los últimos dominios de ultramar (Cuba, Filipinas, Puerto Rico) y enterró para siempre toda ambición de carácter imperialista.

Como una reacción espiritual nacida a raíz de dicha catástrofe, surgió un grupo de escritores que se conoce con el nombre de “Generación del Noventa y Ocho”, cuyos propósitos fueron dotar a España de un espíritu liberal y progresista y europeo, redescubriendo y exaltando sus valores olvidados y contribuyendo a la solución de sus problemas.

Las figuras más relevantes de la Generación del 98 son:

- Miguel de Unamuno (1864-1936)
- José Martínez Ruiz (Azorín) (1874-1967)
- Pío Baroja (1872-1956)
- Antonio Machado (1875-1939)

Se conoce así a un grupo de escritores que nacen a la vida literaria a fines del siglo XIX cuando España pierde sus últimos restos coloniales y procura aprovechar la conmoción espiritual del desastre para cambiar el carácter y el estilo de la literatura de su patria. Entre sus características se encuentran:

- Autodidactismo: todos ellos, grandes lectores, carecen de una formación rigurosa y científica a diferencia de la generación que va a seguirles formada en aulas universitarias.
- El espíritu de rebeldía que los hace enfrentarse violentamente con la generación precedente.

- La preocupación por España y sus problemas, por lo que su influjo desbordó el marco literario y espiritual para hacerse sentir en la política.
- Su tema favorito: España. Todos ellos coincidían en que España esta enferma, pero pocos señalaron remedios positivos, ni contribuyeron eficazmente a su reconstrucción.
- Pesimismo Crítico
- Renovación estilística: creando una prosa más breve y concisa, más personal que la de los anteriores, aprovechando la fuerza de expresión etimológica.

Esta generación tiene una enorme importancia como grupo ideológico. Orienta buena parte de la vida intelectual y política española del siglo XX. Como grupo intelectual constituye uno de los conjuntos más sobresalientes de la historia del pensamiento y literatura española.

Cabe señalar que los pertenecientes a esta Generación del 98, son los eternos y absolutos insolidarios, almas esencialmente anárquicas, para quienes no hay más que el yo y sus problemas personales. (En este caso Unamuno queda perfectamente ubicado con esta característica). Y como buenos anarquistas intelectuales casi todos ellos acaban poniéndose al servicio de los poderes históricos, simbolizan la anarquía organizada y coactiva. Los extremos se tocan, no conocen la generosidad ni el altruismo. Sólo se preocupan de “su vida”. Amar la vida, pero sólo la suya.¹

Biografía de un hombre de “carne y hueso”

Miguel de Unamuno y Jugo, nació el 29 de septiembre de 1864, festividad de San Miguel Arcángel y por eso lo bautizaron con ese nombre, que en hebreo significa , ¿quién cómo Dios? Era el tercer hijo del matrimonio formado por Félix de Unamuno y su sobrina Salomé de Jugo. Por parte de madre procedían del mundo rural de los caseríos del Valle de

¹ Fraile, Guillermo, *Historia de la filosofía española*, p. 525.

Arratia con antecesores en Galdácano e Ibarondo, y por la vía paterna venían del mundo mercantil de pequeños comerciantes, su padre después de algunos años de emigración en México se estableció como panadero en Bilbao. La muerte del padre acabaría con este breve paraíso y condenaría a la familia a una vida austera, de apuros económicos y creencias religiosas arraigadas y determinantes, pero con firmes creencias religiosas.

La experiencia de la muerte fue una constante de su vida infantil. Cuando Unamuno dice; “cuando somos niños, al no saber que se muere, fuimos inmortales” está confirmando la lejana raíz de ese deseo de inmortalidad. Su primera escuela fue el Colegio de San Nicolás. El niño crece entre mujeres católicas, apostólicas y romanas. En este clima de cristianismo rígido y de liberalismo ancestral, el niño estudia, juega, no mucho pues sus condiciones no se lo permiten, lee, reza, y sueña. En medio de esta plácida existencia, estalla la segunda guerra carlista en 1873. Y cuando en enero de 1874, las tropas carlistas ponen cerco a Bilbao, la fiesta infantil se desborda, sin temor a las bombas ni al ruido de los cañones. Unamuno calificará esta época de uno “de los períodos más divertidos de mi vida”.

En octubre de 1875 ingresó al Instituto Vizcaíno para iniciar sus estudios de bachillerato. Leía a Balmes y así fue adentrándose por los caminos de las preocupaciones filosóficas y preparando su pensamiento para la originalidad final. Muy pronto Balmes empezaría a decepcionarle y pasaría a otras lecturas más serias y lee a Kant, Descartes, y Hegel. También lee a Fichte y a Newton. A la altura del cuarto curso empezaron sus “crisis místicas más o menos efímeras”.

Pero el joven Unamuno, como un anticipo del paradojismo posterior, empezó a despreciar la fiesta de los toros llevado a un romanticismo protestón envuelto en desdenes anticonvencionales, propios de la adolescencia, el mismo que le llevaría a leer a Ossian y a Espronceda. Su vocación de escritor y filósofo incipiente ya se había mostrado. La lectura de Balmes le provocó el deseo de crear un sistema filosófico personal. Había escrito algunos relatos y vertido sus experiencias e indignaciones en textos inmaduros. Había cultivado su amor a su tierra nativa, estudiando euskera en libros y participando políticamente en su defensa. En vísperas de su entrada a la universidad apuntaba ya su confusa vocación de escritor con algo de predicador laico, su gusto por la rebeldía, su

inagotable avidez lectora su terco radicalismo intelectual y su arisca violencia dialéctica sobre un fondo sincero de cristianismo. A las puertas de la universidad estaba listo para todas las curiosidades y todas las decepciones. Iba a salir de su Bilbao natal. A los dieciséis años Unamuno se traslada a Madrid para estudiar la carrera de filosofía y letras en el mes de septiembre de 1880. Quizás su condición de vasco le hacía más difícil su aclimatación a Madrid y su carácter casero y reservado hizo más traumático su estancia en la ciudad. Tardó muchos años y posiblemente no se lo quitó nunca del todo su rechazo a la capital de España. Y esto quedaría constatado en una entrevista de 1930, “Madrid me fue hostil, como lo ha sido París. Tengo de aquellos años un recuerdo confuso, triste”, para añadir después; “No quiero recordar aquél primer destierro en Madrid”.

Asiste a clase, estudia en el Ateneo al que compara con la Biblioteca Vizcaína, aprende alemán, lee a Hegel y a Goethe, trabaja en la Biblioteca Nacional. Se dispone a convertirse en el hombre de vida que su proyecto a diseñado, un incipiente agnosticismo que se ha traído de Bilbao, se espabila con sus lecturas madrileñas, sobre todo con Spencer, cuyo positivismo prendía por entonces el mundo universitario. Su fe religiosa sufre la erosión de sus reflexiones más o menos científicas. Debió sentir el vértigo de la duda y el temor al vacío. Pierde la tranquilidad y algo se deshace a sus pies que no encuentran el suelo firme al que estaban acostumbrados. Vive desorientado, la primera angustia seria de su vida, pierde los asideros de su niñez y su madre no puede ayudarle. Empieza a ser el Unamuno que conocemos. Su yo no encuentra reposo definitivo.

Sigue asistiendo a sus clases en San Bernardo, pero rompe la rutina de la misa diaria y en febrero de 1881 al salir de la celebración dominical decide no volver a misa. Algo se ha roto en su interior sus intentos de racionalizar su fe han fracasado y encuentra sin sentido el acto de la misa. Tiempo después confesará;”mi conversión religiosa fue evolutiva y lenta...habiendo sido un católico practicante y fervoroso dejé de serlo poco a poco en fuerza de intimar y racionalizar mi fe...”. Su caso le sirvió para concebir el proyecto de una novela, de la que llegó a redactar un primer boceto de 144 cuartillas, que quedó inédito a su muerte y fue publicado en 1994 con el título de “*Nuevo Mundo*”.

Continúan sus lecturas heterodoxas y después de Hegel es Spencer el que se convierte en su libro de cabecera. Esta mezcla de filosofía alemana idealista y positivismo naturalista

con su fe religiosa titubeante y siempre imperativa salió el primer Unamuno, angustiado y desarraigado, navegante perpetuo de dudas y desazones, insumiso y tenaz. El divorcio entre la razón y la fe se perpetúa, en una lucha que quizá no se le acabe nunca. Su tesis doctoral trata de la “Crítica del problema sobre el origen y la raza vasca”. Su trayectoria de estudiante ha sido el triunfo de su voluntad, mantenida desde lejos por las cartas de su madre y de su novia Conchita. Después de su doctorado vuelve a Bilbao a ganarse la vida. Cuando regresa ya no es el mismo que cuando se fue en ese momento la influencia de su madre y de su novia es decisiva para hacerle reflexionar y reconducirle poco a poco a la fe abandonada. En medio de este drama interior uno de sus muchos dramas posteriores, que sería su estado permanente, Unamuno se pone a trabajar para ganarse la vida dando clases de latín, y como profesor interino del Instituto Vizcaya y en 1885 empieza a explicar psicología, lógica, y ética en el Colegio de San Antonio y en el de San Nicolás retórica, poética, y matemáticas.

Para ganar dinero, le da clases de castellano a extranjeros y un alumno le habla de Ibsen y de Kierkegaard, que sobre todo este último le atraen poderosamente la atención. No abandona su vocación de escritor y comienza a publicar una serie de artículos, en la más pura tradición genérica del siglo XIX. En agosto de 1885, publicó en el *Noticiero Bilbaíno*, un artículo sobre una visita a Guernica donde vivía su novia, firmando con el pseudónimo de “yo mismo”, costumbre que mantendría con éste y con otros pseudónimos. Por estos años continúa su labor periodística en los diarios de Bilbao *El Noticiero Bilbaíno*, *El Norte*, *El Nervión* y *El Porvenir Vascongado*, en los que se ocupa de temas no solo costumbristas, sino etnográficos, lingüísticos, crítica municipal, literarios y más o menos sociológicos. En su libro “De mi país” publicado en 1903, recogió algunas de estas colaboraciones periodísticas del tono de cuadros de costumbres que siguen confirmando el amor por su tierra, pero en medio de las grandes transformaciones de Bilbao. Sus puntos de vista son siempre románticos, casi nostálgicos y ligeramente críticos. En enero del 87 leyó en la sociedad literaria “El Sitio” de tradición liberal un resumen de su tesis doctoral con el título de “Espíritu de la raza vasca” y antes entre 1885 y 1886 había publicado en la *Revista Vizcaya* un trabajo sobre “El elemento alienígena en el idioma vasco” que conoció alguna notoriedad. Por aquellos años concibe el proyecto de un Diccionario vasco-navarro. Su amor por su país y sus preocupaciones por el euskera tuvieron otras múltiples

manifestaciones hasta el punto de ser considerado, a pesar de su juventud el candidato más preparado para desempeñar la cátedra de vascuence, recién creada por la Diputación de Vizcaya. En ese mismo año se presentó a unas oposiciones de profesor de psicología, lógica, y ética del Instituto Bilbaíno pero fue suspendido.

Unamuno empieza a acumular materiales y emprende investigaciones, que le llevarían según su confesión diez años de su vida y ese trabajo de búsqueda de datos y redacción de sucesivas ampliaciones del texto tuvo como resultado su primera novela en 1888 titulada “Paz en la guerra”.

Su vida profesional no acaba de encarrilarse, brujulea entre sus decisiones de ser escritor, ser profesor, ser filósofo. Continúa con sus clases particulares, sus colaboraciones en los periódicos y preparando oposiciones que no consigue ganar, como las que hizo a profesor de metafísica y dos veces a latín. En 1886 publica en el Noticiero de Bilbao un cuento “Ver con los ojos” y otros artículos en el “Norte de Bilbao”. No obstante los años finales de la década de los años ochenta los vive inclemente. Protesta, se desespera su lirismo vasquista, se vuelve áspero, crítico, intransigente. A su amigo Múgica le relata su situación familiar: “mi casa parece una tumba, hace ya bastante tiempo que apenas hablo una palabra y hay una empeñada lucha sorda y triste de la que yo tengo la culpa” Es la lucha entre mi madre y yo quién reventará a hablar antes.

Para aumentar su desasosiego juvenil, la ciudad sigue cambiando y se le hace incómoda, desagradable. En vísperas de sus oposiciones a Lengua Griega le confiesa a su amigo Múgica sus proyectos inmediatos: “Deseo ir a una Universidad (Salamanca o Granada) allí tendré como base un sueldo, seré independiente de padres y maestros, explicaré a mi modo”. Ese futuro empezó el 16 de mayo de 1891, cuando se iniciaron las oposiciones a Cátedra, a los que concurren cuatro opositores. El Tribunal estaba presidido por Menéndez Pelayo y lo formaban Juan Valera, el escritor Lázaro Bardón Rubio, su antiguo profesor de griego Apraiz Gelahert y Soms. Durante el tiempo de los ejercicios de la oposición se hace amigo de Angel Ganivet.

En el año de 1891 llega a Salamanca. Su llegada a Salamanca es como una vuelta a su infancia de niño católico, cumplidor con sus deberes religiosos, obediente. Es como su viejo Bilbao, en el que además no tiene que trabajar de sol a sol para sobrevivir.

Crisis de 1897: La noche del 23 de marzo de 1897, Unamuno se despertó acongojado con una gran opresión en el pecho y sufrió un ataque de terror. En esta situación rompió en un llanto incontenible con todos los síntomas de un síndrome neurótico. Su mujer se despertó y abrazándole le preguntó ¿Qué tienes hijo mío? Esta escena la recordaría toda la vida y la emplearía en muchas de sus obras. A raíz de esta crisis empieza a escribir un “diario” en un cuaderno donde va anotando sus inquietudes y recuerdos. El nivel de su desesperación se hace evidente en algunos párrafos del “diario” como cuando escribe; “todo esto es como para volverse loco” o “esto es insufrible”, “ahora me persigue la idea del suicidio”. La crisis le hace revisar sus ideas y actitudes, abandona su dudoso socialismo se entrega a la meditación y a la contemplación. Rompe con su marxismo vergonzante y con la creencia en la felicidad ciega del progreso. Le da la espalda al europeísmo de su juventud y se entrega a la devastación perpetua de sus contradicciones. Su gran obra *Del sentimiento trágico de la vida* nace y se puede tomar como la respuesta a la “crisis”. Descree de la razón lógica, para tomar partido por la razón sentimental. La fe sin fe se le hace problema.

El Unamuno conocido y admirado nació en aquella crisis y los temas que le obsesionarían a lo largo de su vida fueron los que lo hicieron sufrir tanto durante aquellos días. Para agravarle las consecuencias de la crisis, en el 98 se suicida su amigo Ángel Ganivet con el que había intercambiado cartas sobre el problema de España, que se publicarán después con el título de “El Porvenir de España”. A él también el suicidio se le había presentado como una forma de resolver la angustia insoportable de su situación. Pero la rechazó pronto. Como había escrito en su “Diario” el suicida quiere despojarse de sí, no de su vida”.

En el año de 1900 le toca a Unamuno pronunciar el discurso de Inauguración del curso académico 1900-1901, su discurso es una declaración de fe en la vida y en el trabajo en la colaboración social, en la educación abierta y liberal en la búsqueda de la verdad. Esta insólita repercusión de su discurso quizá formó parte de las causas que movieron al Ministro de Educación Pública, García Alix nombrarle Rector de la Universidad de Salamanca, y así con el rectorado se abre el período más fecundo de su vida como creador. Sus deseos de reorganizar la Universidad encuentran fuerte oposición entre los claustrales. Una crisis ministerial en la que cae el ministro que había nombrado rector a Unamuno, alienta a sus enemigos que esperan su cese. Los estudiantes también se ponen en contra de

él. Su fama de escritor respetado y la índole de sus críticas permanentes al sistema le empujaban inevitablemente hacia el mundo de la política y como hombre público es invitado a participar en un mitin de carácter político de corte republicano, en el Teatro de la Zarzuela el 25 de febrero de 1906. Los organizadores esperaban una muestra de su irritación ante la Ley de Jurisdicciones, que anticipaba la llegada de la Dictadura Militar. Pero Unamuno hizo un discurso conciliador aunque firme. De esta manera es destituido, de su estado de ánimo sigue inquieto, torturado por un desasosiego que no le abandona. Así como también tiene roces con Maeztu y con Ortega Y Gasset. Unamuno sigue dominado por la pasión política, continúa su lucha contra el Rey. Da una conferencia en el Ateneo madrileño en la que ataca al rey y pide el restablecimiento de las garantías constitucionales, esto provoca la irritación de Alfonso XIII. Es elegido Presidente de la Liga Española de los Derechos del Hombre, y vuelve a tomar partido contra el partido conservador. Es así como Unamuno es desterrado a Fuerteventura (Canarias). Algunos amigos pidieron su indulto, pero él no aceptó. Antes del destierro había empezado a escribir sonetos contra el Dictador y sus desmanes: allí continuó escribiéndolos formando con ellos una especie de “Diario” que después en París comentaría y publicaría en 1925, con el título “De Fuerteventura a París”. Su vida en Fuerteventura fue aparentemente tranquila aunque atravesada de irritaciones y asaltada por sus habituales angustias existenciales como lo prueban sus sonetos de la isla. Sigue colaborando en “El Imparcial” de Madrid, y en “Caras y Caretas” de Buenos Aires, repitiendo la rutina de sus días atravesado de sus angustias hasta que le llega la extraña propuesta del Director de un periódico de París para huir de la isla. Unamuno lo piensa mucho pero acepta. Los preparativos son tan espectaculares que se enteran los servicios de espionaje de Madrid, mientras Unamuno acude todas las noches a la playa esperar el barco de la liberación, lo que le inspiró un soneto, que empieza diciendo: “Ya sé lo que es el porvenir; la espera”, y termina con estas palabras; “Siempre aguardando la suprema cita, la de la libertad, santa palabra, donde la categoría trasciende la anécdota”. Por fin se produce la fuga, llegan a Las Palmas, donde se le informa que el Dictador Primo de Rivera le ha indultado en un Decreto colectivo, pero Unamuno quiere saber si le han repuesto la cátedra. Por lo tanto, él decide no volver a España, pues cree más eficaz su lucha contra la Dictadura y la Monarquía desde el extranjero. Decide exiliarse en Francia, aunque París como todas las grandes ciudades le desagrade pero encuentra tiempo para

cubrir sus colaboraciones periodísticas argentinas y españolas. Deprimido escribe: *L'Agonie du Christianisme* casi de encargo para ganar dinero que le hacía falta. A mediados de 1925 decide, si no entrar en España, al menos acercarse y se va a establecer a Hendaya, en el país vasco de su niñez. Sale de París con la vaga esperanza de que el exilio estaba próximo a su fin. Pero no fue así. Sus habituales congojas se recrudecen a finales de 1925, pero estos desfallecimientos existenciales, esta sensación de derrota no le impiden redoblar sus ataques a la Dictadura su figura moral y política crece dentro y fuera de España. Su entereza ejemplar conmueve, sobre todo cuando a principios de 1926, se conoce que su salud se está debilitando, lo que provoca un aumento del número de visitas y confirma la devoción familiar, que lo rodea y no lo deja casi nunca solo.

Para acabar de amargarle la vida, su cátedra de griego en Salamanca sale a Oposición. También recibe la bochornosa noticia de que su Universidad le ha concedido el Título de “Doctor Honoris Causa”. Su intranquilidad se acrecienta cuando las autoridades francesas presionadas por las españolas le instan a alejarse de la frontera. Se siente hundido y escribe un poema que equivale a una declaración de cansancio: “Y pasan los días sin que pase nada y todo queda pues que todo pasa”. El 1ro de mayo de 1930, Unamuno vuelve a Madrid después de su destierro. Pronuncia una conferencia en el Ateneo y retoma su discurso antigubernamental, sin que haya perdido nada de su agresividad dialéctica. Unamuno vitalmente en declive, durante los primeros meses del año 1931 se apresta a servir a la República con todas sus fuerzas y todos los entusiasmos de su fe antimonárquica. Sabe que su deber histórico es apoyar al nuevo régimen que está a punto de nacer. Su defensa del castellano como lengua oficial de la República le enfrentó con los representantes de su país vasco y de Cataluña. La República le encuentra viejo y cansado y particularmente más cascarrabias que nunca. La vida pública y la privada se juntan para angustiarlo más todavía. Su soledad creciente, sus apuros económicos que no le abandonan ni en vísperas de su muerte. Vuelto a Salamanca le esperan los actos de su jubilación y la ciudad con este motivo organiza un Homenaje Nacional que siempre antes había diferido. La República real de la que tan alejado estaba, le concede el título de “ciudadano de Honor” y él lo entendió, como un reconocimiento a su independencia y a su lucha por la libertad.

En abril de 1935 notifica el apoyo del Gobierno a la Candidatura de Unamuno para el Premio Nobel. En noviembre se le concede el título de “Doctor Honoris Causa por la

Universidad de Oxford”. Mientras tanto la vida política española se hace cada vez más dramática y se empieza a presentir la “guerra civil”. Ya para el año 1936, el último de su vida, va adentrándose en la soledad definitiva. Todas sus contradicciones se van a exacerbar. La política de la República le ha decepcionado y le ha empujado hacia una oposición permanente se siente extraño en la realidad española, que no empieza a entender. Sigue colaborando en los periódicos fundamentalmente en el diario “Ahora”, su última entrega al diario se titula “Emigraciones”.

El último día del año 1936 por la tarde lo visitó un joven falangista que venía del frente de batalla, hablaron de la guerra y política. El joven le ofreció un ejemplar de la revista “La provincia de F.E. de Huelva. Pero Unamuno no lo quiso aceptar. Horas más tardes, Unamuno muere en su casa. La noticia corrió por Salamanca y muchos creyeron que lo habían matado y así lo proclamó la radio republicana.²

“Méteme Padre eterno en tu pecho
misterioso hogar
Dormiré allí, pues vengo deshecho
del duro bregar”

Características del pensamiento de Unamuno

Lo que caracteriza al pensamiento de Unamuno es que carece de unidad, no compone un rígido sistema, desprecia a los escritores sistemáticos, salta de una idea a otra, sin detenerse a organizarlas y seguir un orden cronológico, sembrando paradojas, complaciéndose en ponerse acertijos, contradicciones consigo mismo. Su pensamiento se centra en un número muy reducido de temas, entre ellos se distingue la preocupación por

² Luciano González Egado, *Miguel de Unamuno*, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 1997.

Dios, el alma, la inmortalidad, su yo como hombre y el yo de todos los demás como él, y el que más resalta en su obra que es el problema religioso pero siguiendo la problemática personal en donde presenta, vive honda e intensamente toda esta dificultad.

La persona para Unamuno es más importante que sus ideas, él es el personaje principal del que habló en sus obras, en donde se denota la falta de una actitud positiva y serena ante los problemas que enfrenta el hombre. Adopta una actitud esencialmente crítica y negativa que trata de mantener, defender y justificar frente a las doctrinas como el cristianismo, que abandonó en su juventud, y que sería su pesar y remordimiento durante toda su vida.

Para Unamuno, el conocimiento en su aspecto científico y psicológico es muy bien planteado, ya que adoptó un realismo ingenuo o directo dando por supuesta la capacidad de nuestras potencias cognoscitivas (sentidos, imaginación, entendimiento) para conocer las realidades referentes al mundo sensible y material. Al igual que los pragmatistas y los modernistas niega a la razón toda capacidad para trascender el orden de los fenómenos y llegar al conocimiento de ninguna realidad trascendente como Dios, la naturaleza del alma, la inmortalidad, etc. Éste es un ámbito en el que la razón no puede penetrar. Unamuno se ensaña contra la razón y el racionalismo que le hizo perder la fe, rechaza los sistemas, menosprecia la filosofía y la teología escolástica, se burla de la lógica, etc., de ahí que los tres “tiranos del espíritu son la lógica, el tiempo y el espacio”.

Para poder llegar al orden de lo trascendente no tenemos más instrumento que la imaginación, el sentimiento, el corazón, el ansia, la congoja, la voluntad. La imaginación vale más que el entendimiento, vale más la poesía que la filosofía, esto según Unamuno.

A pesar de descalificar al raciocinio, ensalza el pensar, y el pensar vital, lo importante es pensar, sea como fuere.

Orígenes e influencias del pensamiento de Unamuno

Unamuno vivió en un tiempo de decadencias del pensamiento, y de la filosofía en España, que propició la aparición de corrientes extranjeras importantes que imperaban durante la época como lo fueron el neokantismo, el hegelianismo, el positivismo, el materialismo dialéctico y algunas corrientes de tendencia irracionalista y vitalista. Durante los primeros años de su formación filosófica vio con entusiasmo “el krausismo” del que estaba impregnado el ambiente cultural de la época con sus aspectos religiosos y místicos, que se esforzaban por salvar la inmortalidad en medio del panteísmo de fondo, y con sus rasgos de racionalismo. Otras influencias durante sus primeros años fueron Hegel y Spencer, aunque la admiración por éste pasó pronto. En cambio con Hegel, su pensamiento dejó profundas huellas, y el mismo Unamuno reconocía que su pensamiento estaba impregnado de características hegelianas. Mientras el tiempo transcurría aparecían las características y afinidades con el pensamiento de Kierkegaard y el irracionalismo en general. Poco a poco se fue alejando del pensamiento de Hegel, hasta llegar a criticar el idealismo.

A pesar de la ruptura quedaron características del pensamiento idealista de Hegel, en especial sobre todo en la concepción dialéctica.

De Spinoza, Unamuno tomó la noción de “conato” aplicándola a su problema de la “inmortalidad”.

Y de Kant asimiló su esquema epistemológico en el que se movió coherentemente. Unamuno estaba de acuerdo con él en cuanto a afirmar sobre la imposibilidad de la metafísica como ciencia y la invalidez de las pruebas de la existencia de Dios.

Contradicciones en su pensamiento

El pensamiento de Unamuno fue una constante contradicción tanto en su vida personal y ésta se refleja en su filosofía. Él defendió su derecho a contradecirse, ya que todos los hombres tienen ese derecho inalienable de ser contradictorios consigo mismos y con el mundo exterior. La contradicción es algo propio de la vida misma porque permite ser

nuevos cada día, es la oportunidad de cambiar sin reproches y reclamos absurdos, la contradicción es algo que libera al hombre, que lo aparta de los dogmatismos establecidos. “Es la contradicción íntima lo que unifica mi vida”. En Unamuno la contradicción se da entre el sentimiento (corazón), (fe) y la razón (ciencia). Según él, su ciencia era antirreligiosa: “Mi ciencia es antirreligiosa, mi religión anticientífica y no excluyo a ninguna de las dos, sino que las mantengo en mí, frente a frente, negándose una a otra y dando con su contradicción vida a mi conciencia”.

Unamuno siempre declaró su confianza en la razón y en su *DIARIO ÍNTIMO*, reconoce que perdió la fe al querer racionalizarla. La razón y la fe empiezan la lucha y es ahí donde comienza la dialéctica *Del sentimiento trágico de la vida*: “Al rezar reconocía con el corazón a mi Dios, que con mi razón negaba”. Por eso la lógica es imprescindible en la contradicción humana y propiamente en la continua lucha de contrarios que persiguió a su vida personal, y que fue transmitida directamente a su pensamiento.

Conceptos fundamentales de la antropología unamuniana.

Miguel de Unamuno, el gran escritor español de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, es un excelente representante de la rama antropológica de la filosofía española contemporánea.

Las grandes repercusiones de su obra literaria y filosófica, al trascender la cultura española, fijan con gran fuerza la inevitable y permanente búsqueda.

Unamuno como artista y como filósofo es exponente de una conciencia enajenada dentro de la sociedad española de fines de siglo XIX que se encontraba en franca crisis espiritual, a la cual era necesario superar, buscando las vías para ello. De ahí que sus concepciones constituyen una clara expresión de un muy especial tipo de existencialismo. Por eso se explica la necesidad de la realización de una crítica adecuada a su filosofía pues ésta refleja el carácter contradictorio de sí mismo; por ejemplo en su filosofía se destaca el problema de la existencia individual y sus constantes contradicciones.

El objetivo del presente trabajo es conocer la concepción del hombre en Unamuno como existencia individual. De esta forma se pretende ahondar un problema que define su filosofía lo relativo a su comprensión de la vida humana, analizando su preocupación por el sentido de la vida humana que comprende su nexos con la “muerte” revelando así su visión agónica de la existencia humana, su concepción de la vida-muerte, la agonía con la cual se pone al descubierto el sentido filosófico que le da Unamuno al hombre según él. “La comunicación con Dios puede convertir en realidad la más deseada o anhelada aspiración de todo hombre, el perdurar”. De aquí se explica la concepción sobre la religión que posee Unamuno en donde exalta la fe por sobre la razón, en donde concibe a Dios como creación humana y esto lo lleva a defender un cristianismo individual totalmente diferente al dogmatismo eclesiástico.

Estudiar a Miguel de Unamuno, el filósofo español, el literato perteneciente a la inigualable “Generación del 98”, resulta apasionante ya que toda su obra en general equivale a “conocer” lo que somos como hombres.

Ya que el punto de partida es el “hombre”; pero no el hombre como concepto abstracto, sino que para Unamuno lo que tiene valor, o lo que a él le interesa es el “hombre concreto”, el hombre de “carne y hueso”.

El objeto de su filosofía es del hombre que “nace y muere”, en otras palabras el hombre de “carne y hueso”. Para Unamuno este hombre es el sujeto y el supremo objeto de toda la filosofía³. Para este hombre hay cientos de problemas diarios o cotidianos en los que continuamente hay que resolverlos pero sólo hay uno que tiene un carácter necesario y vital: “El problema de nuestro destino individual y personal de la inmortalidad del alma, la muerte, la angustia, en fin la existencia del hombre de carne y hueso, etc”.

La vida personal de Miguel de Unamuno es sin duda el reflejo de sus ideas, dudas, afirmaciones y contradicciones que formaron parte de lo que es su valioso pensamiento filosófico. Unamuno creó una vida intelectual y literaria partiendo de la pregunta ¿qué es el hombre? pero en el aspecto más próximo a su existencia diaria y es así como comienza su filosofía dejando atrás las reflexiones metafísicas que desembocan en meras abstracciones.

³ Unamuno, Miguel de, *Del sentimiento trágico de la vida*, p.6.

Pensar en el alma no es asunto fácil. Puede resultar devastador para cualquier hombre, en especial el hombre de carne y hueso como tú, yo y también los otros. Descubrir que se puede sentir “el alma de bulto” *Niebla*, que se puede soñar, que se sueña, o que realmente nuestra existencia, nuestra vida es una ilusión pasajera. ¿Acaso podríamos ser cualquiera de nosotros? Cualquiera como ¿tú o yo?, ¿de carne y hueso? Porque eso es lo más concreto a nuestro ser o lo más verdadero que poseemos aunque también es lo más frágil con lo que contamos.

Miguel de Unamuno revisó el pasado, revivió el presente, rehizo lo que estaba por hacer, y esto es algo que también los hombres constantemente hacemos ya que de la misma manera en que revivimos la vida en cada uno de sus momentos, instantes, segundos, pensamos en lo que significa ser hombre.

Solía decir Miguel de Unamuno que no se sueña dos veces el mismo sueño, y que sólo se aprende a soñar soñando. Hay veces en que el hombre no sabe si está despierto o sueña. ¿Soy de carne y hueso o de ficción? Si el que no confunde se confunde, podríamos decir que todo hombre vive confundido, o más claro, que la vida es una ilusión, y la muerte la verdadera realidad. El hombre de Unamuno es uno que vive como ola en el mar, en la conciencia de su cuerpo, de mi cuerpo. Esto es la leyenda, eso es la historia de la que hablaría incansablemente Miguel de Unamuno. En donde el hombre ya no sabe si es pasado o presente y ni siquiera futuro. Bien podría cada hombre vivir el tiempo confundido en la “niebla” de la vida, de su propia vida.

Esa eternidad que para Miguel de Unamuno nunca fue, es la que como hombres, nos sostiene, que nos aferra al sufrimiento, a la alegría, al dolor, al amor, a la esperanza sin límites. Y como decía su personaje de *Niebla*, “Augusto Pérez que gracias al amor se siente el “alma de bulto”, este sentimiento que la toca, que empieza a dolerle, a angustiarse y que luego lleva a afirmar ¿que si el amor no es dolor?. Y así vienen los días y van los días y el amor queda allá dentro, y muy dentro en las entrañas de las cosas que rozan junto a la corriente de este mundo con la contraria del otro, la de éste, la de allá, la de ayer, la de hoy y la de mañana. Hasta llegar al roce más triste y el más dulce de los dolores: el del vivir y cada día nos miramos a los ojos tan frágiles, tan limitados, tan carnales y así como el

personaje de *Niebla* Augusto Pérez, nos vamos haciendo un Augusto Pérez, para así llegar a la ecuanimidad del espíritu.

Decía Unamuno en un ensayo titulado *Soledad* (1905)⁴: “Estoy convencido de que no hay más que un solo afán, uno sólo y el mismo para los hombres todos...la cuestión humana que es la mía y la tuya, y la del otro, y la de todos”. “La cuestión humana es la cuestión de saber qué habrá de ser de mi conciencia, de la tuya, de la del otro y la de todos, después de que cada uno de nosotros se muera”. Esto también se llama “el secreto de la vida humana”, lo caracteriza en otro lugar como “el apetito de divinidad”, “el hambre de Dios”.

Al comienzo de *Del sentimiento trágico de la vida*⁵ se explica claramente todo esto:

“El hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere, sobre todo muere, el que come, bebe y juega y duerme y piensa, y quiere, el hombre que se ve y a quien se oye, el humano, el verdadero humano”.

Y este hombre concreto de carne y hueso es el sujeto y el supremo objeto a la vez de toda filosofía.

Desde que leí por primera vez el libro de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, despertó en mí un gran interés por la forma de entender o concebir el concepto de hombre. He leído este libro muchas veces, y comparto con Unamuno todas sus ideas o conceptos antropológicos, ya que encontré una cierta semejanza en cuanto a lo que pienso, y he pasado por las mismas experiencias existenciales que contribuyeron a desarrollar su extenso pensamiento filosófico; ese pensamiento tan original, tan desordenado, pero a la misma vez tan cierto y tan congruente con la vida de cada hombre.

El simple hecho de encontrarse existiendo es una impresión para todo hombre como lo fue para él. Empezar a preguntarse quién es él, y todos los demás como él, el sentimiento de pérdida o de vacío al perder una fe arraigada desde niño, que fue guiada ciegamente por el sentimiento, la voluntad de querer desear algo vehementemente, vivir en el dolor porque para Unamuno el dolor es lo más cercano al hombre y también es la esencia misma de la vida. La desesperación de no poder encontrar una respuesta a algo que se preguntó durante

⁴ Unamuno, Miguel de, *Soledad*,

⁵ Unamuno, Miguel de, *Del sentimiento trágico de la vida*,

toda su vida...esta pregunta fue ¿qué hay después de esta vida? El estar constantemente, es un estado indefinible, porque fuera de los límites racionales está la incertidumbre y el sentimiento, un sentimiento en donde el hombre no tiene una solución adecuada.

No importa lo que el hombre haga si es un sentimiento puro, sincero consigo mismo, un sentimiento que sale espontáneamente del alma, y que por lo tanto es bueno, porque el hombre lo desea, lo espera, lo ansía y sucede porque así quiere que sea.

Uno de los pasajes más trascendentes de *Del sentimiento trágico de la vida* es este: “No hay verdadero amor sino en el dolor, y en este mundo hay que escoger o el amor que es dolor o la dicha. Y el amor no nos lleva a otra dicha que a la del amor mismo y su trágico consuelo de esperanza incierta”.⁶ Esto significa que la vida del hombre está envuelta por el amor, y que el amor es dolor, sufrir por el dolor mismo de la existencia humana, que es un estado angustiado, acongojado, y todo por el sentimiento del amor que es uno de los principales constitutivos de la vida.

La esperanza aparece quizás como la felicidad de la que podemos agarrarnos en esta vida temporal, en el momento de vivir la vida en su justa dimensión que es “lo concreto”. De ahí que la fe es en la vida del hombre su alimento, y aunque sea algo absurdo e irracional es algo que tiene que existir porque lo deseamos aunque esto que deseamos sea lo más imposible en la vida del hombre, algo que no puede ser, quién sabe por qué circunstancias de la vida o del destino personal de cada hombre, pero nosotros las queremos ya que queremos que así sean. No hay aquí intervención de un ser divino propiamente, sino que simplemente actúa la voluntad del hombre que sufre y espera para vivir redimiéndose a cada momento.

La vida de Unamuno, como hombre, es la descripción en carne propia de lo que él entendió por lo que es el hombre en sí mismo. Sus vivencias lo llevaron a definir al hombre en todas las dimensiones posibles. Su vida fue una continua agonía, en el sentido de lucha sin tregua ni descanso entre el agnosticismo y el escepticismo de su razón que negaba o que era incapaz de demostrarle la existencia de Dios y la supervivencia de su ser individual y el fideísmo o el sentimentalismo en que se refugiaba para afirmarlas. Un Unamuno incrédulo o un Unamuno creyente habría dejado de ser él mismo. Lo que lo

⁶ Unamuno, Miguel de, *Del sentimiento trágico de la vida*,

describe y a la vez lo que define perfectamente su concepción antropológica es ese estado intermedio de lucha, de duda, de incertidumbre, de agonía y de congoja, de la tensión que origina el tener que estar o querer estar en los extremos, de tener que encontrar o querer encontrar alternativas sin acabar nunca por decidirse por una u otra cosa. La lucha por la vida es la vida misma, el hombre que lucha es al a vez el hombre que vive, es el hombre que prefiere la guerra a la paz.

En la antropología filosófica de Unamuno la civilización tiene una responsabilidad intelectual hacia cada hombre. El hombre vive en sociedad pero la sociedad como tal no es más que una abstracción. El hecho concreto es el hombre individual, es el hombre de “carne y hueso”. Su doctrina del hombre constituye el primer principio de toda su filosofía, la desarrolló a lo largo toda su obra por medio del *Soliloquio* en el cual atacó los conceptos de hombre, sociedad, humanidad, etc., como meras abstracciones de filósofos, abogó por los hechos concretos experimentales del hombre vivo individual.

Cuando se habla de la concepción de hombre que tuvo Unamuno, no se puede separar el concepto de fe, ya que la fe es algo ligado a la esencia del hombre. La fe en la inmortalidad surge no en el reino de la razón sino en el reino de los hechos que yacen más allá de los límites de la razón, de hecho la razón como tal, o como función lógica es absolutamente despreciada por Unamuno. Otro principio de su filosofía es la teoría del “logos” que se refiere a la intuición que el hombre tiene del mundo y su respuesta en lenguaje y acción.

La concepción antropológica de Unamuno se encuentra completamente en su obra *Del sentimiento trágico de la vida*. Es aquí donde él plantea los conceptos que constituyen su pensamiento, en especial la del hombre. Además de afirmar que la filosofía responde a la necesidad de formarnos una concepción unitaria y total del mundo y la vida. La filosofía aparece como nuestro modo de comprender, o no comprender el mundo y la vida, y ésta brota de nuestro sentimiento respecto a la vida misma y ésta como todo lo afectivo, tiene raíces subconscientes, inconscientes, irracionales, etc.

Para Unamuno ser hombre es ser algo concreto, unitario y sustantivo, es ser cosa (res). Y cada ser quiere preservar su ser, esto refiriéndose al hombre significa que no

podemos morirnos. O también podría entenderse que no “queremos” morirnos. Esto significa el apego de todo hombre a la vida.

El conflicto de la existencia humana cobra vida en su filosofía del “hombre de carne y hueso”, presente en su obra *Del Sentimiento trágico de la vida*, considerada como la mejor sistematización de su obra filosófica.

Es en esta obra donde se ubica la forma de concebir al hombre, ya que el hombre se coloca como el centro, como el problema principal, lo relativo a la experiencia y existencia concreta-individual, que encierra la oposición vida-muerte, cuyo valor metafísico se adquiere por su sentido de inmanencia. No son algo distinto, una es inherente a la otra y la comprensión de esto deviene la conciencia del hombre, lo que se manifiesta como el “grave problema” de la existencia.

Ser es querer serlo siempre y a ello se opone la muerte con ello, se devela toda la “tragedia” del hombre”, la búsqueda de lo eterno en lo perecedero, el afán de inmortalidad. Y este es precisamente el “sentimiento trágico de la vida”.

Esa angustia, esa congoja, constituye una forma superior de conciencia y es la única forma de comprender la verdadera realidad de la vida humana.

El instinto de perpetuidad inherente al hombre por sobre el instinto de conservación, esa necesidad angustiante de salvar su subjetividad vital lo conduce a comprender a Dios como la garantía de la inmortalidad. Y su filosofía de la tragedia humana se dirige al individuo y al pueblo y su alma es precisamente “Don Quijote” y expresa la contradicción ser-no ser, lo que es el mundo es, y lo que se quiere que sea.

Este es el camino que siguió el pensamiento de Unamuno, la búsqueda de la esencia de la vida humana, el ahondamiento en las profundidades del espíritu humano frente al mundo que lo limita.

La defensa de la infinitud del hombre es, para Unamuno, Dios. Su convicción del papel de la religión como algo inherente a cada individuo lo hace eludir cuestiones objetivas de la vida humana, en donde exalta sólo lo espiritual y reduce las necesidades humanas.

El hombre no se resigna a estar, como conciencia, solo en el universo ni a ser un fenómeno objetivo más. Él quiere salvar su subjetividad vital o pasional haciendo vivo, animando al universo todo y por eso ha descubierto a Dios.⁷

La relación entre el hombre y –Dios es muy estrecha ya que expresa las profundidades de sus meditaciones acerca del sentimiento religioso en el hombre.

Unamuno ahonda el hombre, el mundo, Dios sumiéndose en las profundidades del yo interno del hombre. A Unamuno se le puede particularizar por sacar a flote los más profundos sentimientos humanos y analizarlos. Él busca y rebusca en los “escondites” del corazón y el alma a donde muchos hombres o la gran mayoría le teme acercarse.

Unamuno como escritor, poeta y sobre todo como filósofo, tiene un único tema, el hombre, que se diluye y se concentra en sus obras, en Donde lo describe con toda su integridad, que aparece desde su nacimiento hasta su muerte, que se manifiesta en su carne, en su espíritu, en su personalidad, en su vida, en su afán, en su lucha, en su agonía y sobre todo en su búsqueda de inmortalidad.

En toda la obra de Unamuno, él se acerca al hombre en toda su esencia, ya que proyecta la vida cotidiana de éste a las profundidades del alma humana, la convivencia y en la gran mayoría de su obra algo de su vida personal pues hizo de su obra una búsqueda constante como hombre ya que él tenía enormes preocupaciones personales en especial los referentes a su condición como hombre de “carne y hueso”. Él también hizo un intento de solucionar esos problemas como hombre a pesar de ser contrario a las soluciones definitivas.

Es por eso que Unamuno como filósofo se opone a otras filosofías que según él son definiciones abstractas y pretendiendo ser universales han subestimado aquello que constituye el único sentido y fundamento de su existencia como tal: el conflicto humano.

Para Unamuno la filosofía es un producto humano de cada filósofo y cada filósofo es un hombre de carne y hueso que se dirige a otros hombres de carne y hueso como él.

“El hombre de carne y hueso, que nace, sufre y muere, sobre todo muere el que come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere el hombre que ve y a quien se oye, el

⁷ Unamuno, Miguel de, *Del sentimiento trágico de la vida*,

humano, el verdadero humano, y este hombre concreto de carne y hueso, es el sujeto y supremo objeto a la vez de dicha filosofía, quiéranlo o no...”⁸

De esta forma explícita señala la principal cuestión abordada en su concepción que deviene prácticamente, el único tema, alrededor del cual se plantean y resuelven o no un universo más amplio de problemas. Cabe señalar que constituye un rasgo característico de la antropología idealista la manifestación de su ontología como teoría del hombre.

Así la naturaleza del hombre se comprende en el pensamiento de Unamuno como un fenómeno objetivo en el que se une el aspecto biológico (carne y hueso) y el aspecto espiritual (sufre y muere), caducar y perecer es la manifestación de la conciencia del universo que es Dios.

La esencia del hombre en la concepción unamuniana adquiere el sentido de la conciencia del hombre, de su subjetividad, de su pensamiento que le permite constituirse en un ser auténtico, insustituible y que el mismo tiempo lo une a otros hombres pero esto sólo es concebido como un nexo espiritual y con ello no puede descifrar la esencialidad humana en su condición social. Unamuno incluso llega a valorar la esencia humana a partir de relaciones entre los hombres como humanidad, pero esto se limita a la unidad espiritual que es capaz de establecer la religión.

Para Unamuno el hombre es un ser individual, es un fin en sí mismo y no un medio. La sociedad y la civilización tienen una responsabilidad individual hacia cada hombre. El hombre vive en una sociedad (pero la sociedad como tal es una abstracción). Lo concreto es el hombre individual, cada hombre que existe, que es, en sí mismo, el hombre de “carne y hueso”. La teoría acerca del hombre constituye el principio básico del pensamiento unamuniano, ya que lo desarrollará constantemente y es el reflejo de toda su obra.

Unamuno le da más importancia al hecho de ser hombre, concreto, individual, vivo, existente, visible, y a la misma vez van ligados a estos términos del hombre concreto, el concepto de la trascendencia, ya que el hombre según Unamuno tiene ansia de trascender, desea ir más allá de lo “concreto”, es un hombre obsesionado por la muerte, en particular por su “propia muerte”; “vivir para morir, o morir para vivir”. Al tratar todas estas

⁸ Unamuno, Miguel de, *Del Sentimiento trágico de la Vida*, cap. V,

cuestiones necesariamente se introduce al pensamiento unamuniano el aspecto de la fe, este concepto cristiano y teológico que lógicamente los separa del campo de la razón.

CAPÍTULO I EL HOMBRE

El punto de partida de la filosofía de Miguel de Unamuno es el hombre. Este tema se verá constantemente en toda su obra literaria.

Sin embargo, Unamuno no ve al hombre como un concepto abstracto, como una entidad social, política, etc., sino al hombre de “carne y hueso” que nace, sufre y muere.⁹ El hombre de “carne y hueso” somos todos los que existimos que estamos viviendo esta existencia tan real y concreta.

Para Unamuno este hombre es el sujeto y objeto de toda la filosofía. Para este hombre hay cientos de problemas diarios que hay que resolver pero no hay más que un solo problema de capital importancia, un solo problema vital: “El problema de nuestro destino individual y personal, el de la inmortalidad del alma”. De esta manera el hombre que interpreta o representa a Unamuno es el de uno que no quiere morir, que no quiere dejar de existir, porque la muerte es algo desconocido para todos y el hombre es el único animal que tiene conciencia de su propio destino final (la muerte) y ésta representa la soledad, acabamiento, la nada. Esto resulta insoportable para las ansias de vivir la vida para Unamuno.

El hombre de “carne y hueso” vive diariamente pero a la vez se dirige cada día irremediamente hacia su finitud, a su acabamiento como ser carnal, como ser tan frágil y débil, como un ser con muchos obstáculos y limitaciones que cada día va tomando más conciencia de su destino seguro para todos “la muerte”.

La consideración del hombre como animal religioso nos ofrece la posibilidad de englobar este tema y la insatisfacción unamuniana ante la religión, señala el fondo comunitario de su angustia, del desgarramiento. “Siente el problema religioso con angustia,

⁹ Unamuno, Miguel de, *Del sentimiento trágico de la vida*, cap. I, p. 5.

con congoja: “Me pasaré la vida luchando en el misterio y aún sin esperanza de penetrarlo porque esa es mi lucha es mi aliento”.¹⁰

La religión aparece como respuesta a la inquietud humana. A través de la unión del hombre en lo absoluto, en que la realidad personal no se pierde, sino que se reencuentra y se hace plena, así queda trascendida la angustia de la finitud solitaria.

La tragedia que supone la humanidad queda replanteada por la esperanza de un final salvador, en que se realice la justicia, en que las bienaventuranzas se cumplan.

La religión para Unamuno significa salvación de la conciencia humana, da tranquilidad y una paz que todos buscamos.

Como menciona Fraile en *Historia de la filosofía española*: “Unamuno es un espíritu temperamentalmente religioso”.¹¹ Su tragedia arranca de la crisis que le hizo perder la fe de su niñez y con ella la paz interior y la seguridad ante la vida.

Para Unamuno el sujeto de su filosofía no es el hombre abstracto de la filosofía habitual, el hombre universal, sino el hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere, sobre todo muere, el que come, y bebe y juega, duerme y piensa, y quiere.

La obra de Unamuno tiene como tema o concepto en particular al hombre, que se definirá como de “carne y hueso”. Este hombre es el sujeto y el supremo objeto de toda la filosofía. Para este hombre hay cientos de problemas diarios, problemas que cotidianamente ha de resolver, pero sólo hay un problema de capital importancia, o un problema vital y este es “el problema de nuestro destino individual y personal, el de la inmortalidad del alma”.

La inmortalidad para Unamuno tiene varios sentidos, entre ellos, la inmortalidad de la gloria del hombre, y de la fama que van adheridos a nuestras obras, a los hijos que creamos, a la humanidad en que vivimos. Esta inmortalidad corresponde a un concepto puramente personal e individual, fenoménico. Una inmortalidad de carne y hueso, inmortalidad que asegura al alma después de la muerte, la misma existencia propia y consciente de que dentro del cuerpo tiene sintiéndose a sí misma penetrada de la conciencia de su continuada unidad. El ansia de inmortalidad no es un accidente, nada que el hombre

¹⁰ Fraile, Guillermo, *Historia de la filosofía española*, cap. XXIV, p. 203.

¹¹ *Ibid.*, p. 207

pueda aceptar o rechazar a su capricho, al contrario es la esencia misma de la vida. Y la vida es esencialmente voluntad de ser, de existir de vivir (vitalismo). Esa función en la planta, instinto en el animal, perseverar en el ser, esa es la ley misma de la vida. De ahí la paradoja de que siendo la vida un ininterrumpido caminar en contra de la muerte. Una lucha por perpetuar, y es muy difícil para Unamuno entender que todo hombre perece, o tiene que acabar, ya que considera como un problema el alejarse de la vida. Entiendo de manera más concreta el tener que morirnos.

En el libro *Vida de Don Quijote y Sancho*, Unamuno aborda el tema del hombre mostrando a dos personajes que representa cada uno al hombre de “carne y hueso”. Estos dos tipos de hombre son Alonso Quijano, mejor conocido como Don Quijote, y Sancho Panza ambos se encuentran existiendo y deciden enfrentar y desafiar la vida en su muy particular modo de concebir y entender al mundo.

Alonso Quijano (Don Quijote), es un hombre de cuarenta y tantos años, de vida oscura, era pobre, pero la pobreza le hacía amar la vida y a su vez llenarse de esperanzas. La ociosidad y un amor desgraciado le llevaron a leer libros de caballería. “Apacentó su corazón con hazañas y proezas de aquellos esforzados caballeros que desprendidos de la vida que pasa aspiraron a la gloria que queda”. El deseo de la gloria fue su resorte de acción.

Don Quijote físicamente era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, alto, poseía otras características como amigo de la caza, solitario, ocioso, cosa que estaba así la mayor parte de la vida, gran madrugador de temperamento colérico, una característica innata en él era la de ser contemplativo. La ociosidad y un amor desgraciado lo llevaron a leer libros de caballería, lo hacía con tanta devoción y gusto que lo llevaron al punto de olvidar la caza y dejar de admirar su hacienda, vendió algunas tierras para comprar libros de caballería, pues no sólo de pan vive el hombre y apacentó su corazón con hazañas y proezas.

Se dice que del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que perdió “el juicio”. Pierde el juicio para dejarnos ejemplo de eterna generosidad espiritual. Se debe pensar o hacer la pregunta si con el buen juicio ¿hubiera sido tan heroico? Lleno de fantasías, creyó ser verdad lo que sólo es hermosura. Creyó con fe viva, con fe

engendradora, de obras que acordó con poner en lo hecho, sino eterno nombre y fama poniendo así sino eterno nombre, que se destino le mostraba y lo llevó a cabo para así convertirlo en su verdad. Por eso le pareció conveniente y necesario para el aumento de su honra como para el servicio de su república hacerse caballero andante e irse por el mundo con sus armas y caballo a buscar aventuras y llevar a práctica todo ejercicio digno de un caballero andante. No importándole el peligro, ya que se acabaría tomando nombre y fama de valentía y caballería.¹²

“El pobre e ingenioso hidalgo, no buscó provecho, pasajero, ni regalo de cuerpo, sino eterno nombre y fama poniendo así su nombre sobre sí mismo. Sometiéndose a su propia idea, al Don Quijote eterno a la memoria que le quedase”. “Quien pierda su alma la ganará”, dijo Jesús, es decir, ganará su alma perdida y no otra cosa. Perdió Alonso Quijano el juicio para ganarlo en Don Quijote, un juicio glorificado.

Entre las características de Don Quijote como hombre se resaltan las siguientes: fue un gran admirador y un fiel discípulo de Cristo Jesús. Su destino como hombre lo dejó llevar al azar, por los desconocidos senderos de la vida. Era un hombre que quería componer al mundo. “Salía al mundo a enderezar los entuertos que al encuentro le salieran”. Era un hombre sin planes propios, sin programa, no salía a aplicar ordenamientos de antemano trazados sino a vivir conforme a como los caballeros andantes habían vivido; su dechado eran vidas creadas y narradas por el arte, no sistemas armados y explicados por ciencia alguna.

Era un hombre obediente a los designios de Dios, esta es una de las cosas que más debemos observar y admirar en su vida. Su obediencia fue perfecta, de esa que es ciega, pues jamás se le ocurrió pararse a pensar si era o no acomodada a él, la aventura que se le presentase simplemente se dejaba llevar. En pocas palabras era un hombre de fe ciega y esperanzada con una plena resignación. Fue un inalcanzable caminante el mismo hacia sus caminos, caminando en busca de aventuras, hablaba consigo mismo. Era un hombre que estaba sediento de inmortalidad, ansioso de que su nombre tuviera la fama heroica de valentía que se gana caminando hacia lo desconocido, hacia lo que se presentase u ofreciera al mundo en el momento preciso y adecuado. Quería ser un santo, héroe, tener la gloria de

¹² Unamuno, Miguel de, *Vida de Don Quijote y Sancho*, cap. II, p. 27.

la inmortalidad, perdurar, permanecer, no morir de manera carnal, tener ese cambio sustancial que trae consigo la muerte.

Para conservar y acrecentar la especie humana se nos dio el instinto y sentimiento del amor entre mujer y hombre; para enriquecerla con grandes obras se nos dio la ambición de la gloria. Lo sobre humano de la perfección toca en lo inhumano y en ello se hunde. El caballero indudablemente era un hombre de fe, más bien era el digno heroico y glorioso caballero de la fe andante: “lo heroico es abrirse a la gracia de los sucesos que nos sobrevengan sin pretender forzarlos a venir”

Quedaría perfecto insertar aquí el siguiente poema del autor Manuel Benítez Carrasco.

Con pan y vino
se anda el camino
y mejor si está Dios
en el pan
en el vino
y en el camino.

En el pan vive el amor,
en el vino la esperanza
y la fe en las piedras
y en las espadas.

Plazuela del Quijote mi señor,
Trinidad petrificada de fe,
esperanza y amor

En tu venta el pan
en tu cava el vino
y en tu torre, Dios.

Ruega Señor Don Quijote,
mi señor para que la tierra
sea como una plaza mayor en la que no falte Dios,
sobre el pan y que abunde el vino del amor.

Además de todas las cualidades y características de Don Quijote, era un hombre que presumía y sentía orgullo de saber quién era él. Era un hombre plenamente consciente de lo que significaba ser hombre, que quizás pueda parecer que era un hombre arrogante y presuntuoso, pero en realidad no lo era. Simplemente Don Quijote de la Mancha es un representante de la existencia humana. Era el hombre perfecto, pues representa al héroe.

En una gran sector del pensamiento contemporáneo se expresa una insatisfacción ante la imagen de la realidad humana.

El hombre como ser “desplazado”, como un “extranjero” o un “extraño”, como “ser arrojado”, expulsado del “paraíso”, como “alienado”, despojado de su propia realidad. Desde múltiples categorías, el pensamiento en nuestra época ha tratado de apresar y formalizar esta vivencia última de insatisfacción.

El contraste entre lo humano como una posibilidad llena de luz y su realización, se liga a nuestra condición propia de fragilidad y limitación.

Entendiéndose mejor o de manera más concreta el hombre como un animal insatisfecho, a pesar de tener capacidad para superar la enfermedad, la ignorancia, la debilidad, la imperfección, etc.

Se puede entender al hombre en el pensamiento de Unamuno como un ser “expósito”. Y para entenderlo mejor recurrimos a la etimología: es algo fuera, arrojado, desde una situación anterior. De esta manera Unamuno concibe al hombre como un ser abandonado, desamparado podría entenderse, por la divinidad de ahí ese sentimiento unamuniano de renegar de su religión, también la explicación a sus frecuentes crisis por las que atravesó Pero a fin de cuentas todos los hombres somos expósitos, ya que nuestra vida se inicia fuera del claustro materno. Y todo hombre auténtico pasa por la tragedia del sentimiento de abandono, de nostalgia por lo perdido, del sentimiento de la debilidad humana, que no es otro que el sentimiento trágico de la vida. Y este es un conflicto básico del ser, y la nada que circunda tanto al hombre como a la naturaleza (el hombre tiene que morir) y en la naturaleza sus seres nacen, crecen y mueren, y en lo personal yo, el otro y entre todos surge una lucha permanente de nuestro ser y la vida.

La vida del hombre en el pensamiento de Unamuno, se puede ilustrar como una lucha continua contra la ironía, la contradicción, la inconformidad, ante todo lo que

conlleva el vivir. Unamuno protestó contra todo y todos, su vida fue una agonía (en el sentido de combate). Llevó una lucha sin tregua ni descanso entre el sentimiento y la razón, entre lo que sentía y lo que pensaba, entre lo que deseaba y vivía. Como señalaba Fraile en su libro *Historia de la filosofía española*: “un Unamuno incrédulo o un Unamuno creyente habría dejado de ser Unamuno. A Unamuno y al hombre mismo lo que lo constituye lo define es ese estado intermedio de lucha, de duda, de incertidumbre, de agonía, de tensión entre los dos extremos de la alternativa sin acabar de decidirse por el uno o por el otro.

Unamuno mediante su método dialéctico de integrar los contrarios en la misma afirmación, sin excluir ninguno de sus extremos negando toda objetividad, defendiendo la subjetividad más absoluta (podríamos decir que la propia) y estableciendo el estado de la certidumbre como lo verdadero humano sin sosiego ni terminación.

Unamuno rechaza la oposición entre razón y fe, entre la ciencia y religión, elige el yo personal como centro de toda su filosofía, el yo que se resiste a morir y que piensa sintiendo y siente pensando, que nada excluye de la experiencia y que quiere abarcarlo todo, que niega la muerte y se angustia toda su vida por su realidad mortal, y por la de todos los hombres como su inevitable destino.

El hombre es considerado como algo único e insustituible, cuyo instinto de perpetuación debe imponerse, a pesar de todas las contradicciones de su universo en el que se depositan todas las esperanzas para llegar a la eternidad al margen de toda otra realidad; el hombre que es y no es, que tiene que luchar contra su capacidad para ser imperecedero, el hombre que en síntesis vive y conoce la tragedia.

El hombre como un Animal Religioso

Al situar la significación que tiene el hombre en el pensamiento de Unamuno se destacan las dimensiones que encierra no sólo como sujeto y objeto de la filosofía, sino como criterio explicativo de la realidad. De esta manera Unamuno convierte al hombre con más precisión a su subjetividad en calidad de esencia.

La consideración del hombre como animal religioso nos ofrece la posibilidad de englobar este tema y la insatisfacción unamuniana ante la religión, señala el fondo comunitario de su angustia, del desgarramiento.

La religión aparece como respuesta a la inquietud humana. A través de la unión del hombre en lo absoluto, en que la realidad personal no se pierde, sino que se reencuentra y se hace plena, así queda trascendida la angustia de la finitud solitaria.

La tragedia que supone la humanidad queda replanteada por la esperanza de un final salvador, en que se realice la justicia, en que las bienaventuranzas se cumplan.

En la obra *Del Sentimiento trágico de la vida*, se plasman las obsesiones permanentes de Unamuno, ya que en él resumió, explicó y trató de racionalizar su pensamiento confuso y contradictorio.

Es el hombre concreto, no sólo racional, sino sentimental, que ante todo aspira a ser inmortal, a negar la muerte contra toda lógica y toda experiencia por una necesidad interior de seguir siendo, de no morir del todo, que es el destino natural del hombre.

1.1 Vivencias Onto-Patentizadoras. El sufrimiento (ontología-ser)

Según C. París, en su libro *Unamuno, estructura de su mundo intelectual*, reflexiona en torno a las vivencias propias del hombre y las llama “onto-patentizadoras” y se refiere como vivencias existencializantes, reedificadoras, pues al revelarnos el ser (ontos) nos hacen existir propia y adecuadamente. Estas vivencias como conmovedoras de nuestras fibras más íntimas, en las cuales sentimos el “alma de bulto” (frase muy usada por Unamuno en toda su obra, en especial en la novela *Niebla*).

Estas vivencias se refieren a la experiencia del sufrimiento. “Por el dolor físico sentimos el cuerpo como nuestro”¹³. “Por la congoja sentimos nuestra alma”.

Y es la experiencia del sufrimiento la que controlaría, verificaría el campo de nuestra realidad.

Mas no sólo nuestro ser, también la revelación del ajeno nos es posible a través del sufrimiento. Convertido esta vez en compasión, en condolencia¹⁴.

¹³ Carlos París, *Unamuno, estructura de su mundo intelectual*, p. 179.

¹⁴ *Ibídem*.

Hay una sensibilidad unamuniana para la compasión universal..., cuando oigo el grito de las entrañas del prójimo, éste se hace real comunicado con mi íntimo dolor.

El circundante, el convencido o conciudadano, la figura más o menos fundamental de mi percepción cotidiana se eleva repentinamente a prójimo cuando escucha su quejido. O cuando descubro el “secreto de su vida”.

Es nuevamente el hombre “expósito”, el que nos revela la humanidad dentro y fuera de nosotros.

Gritando unánime nuestra condición expósita.

En estos momentos se desgarran para Unamuno no sólo la existencia individual como tragedia, sino la unidad común al sufrimiento humano, a modo de una existencia colectiva auténtica.

Pero no sólo la humanidad en el interior de cada uno de nosotros y en el otro prójimo, o en la unión de todos en la comunidad de los sufrimientos.

CAPÍTULO II

LA MUERTE

¡Quién tuviera no palabras sino sensaciones calientes y vivas
trasmisibles para trasladar a otros la emoción de la muerte!
Miguel de Unamuno, *Diario íntimo*, p. 151

“La Muerte ¿es un misterio? También el nacimiento lo es. ¿Cómo de los hombres salen hombres?”¹⁵

Vivimos para morir, vivir es sentir, es conmocionarse, por mí, por ti, por el otro, sentir la existencia ligada a mí y al que me rodea.

Se nace para morir, y hay que vivir para morir, y volver a existir, en una existencia mejor, sin límites, y sobre todo eterna.

“Puesto que la muerte es el término natural de la vida, el camino natural de ésta es ir a aquélla y su natural luz, la luz de su fin.

Sólo se comprende la vida a la luz de la muerte. Prepararse para morir es vivir naturalmente.”¹⁶

El tema de la muerte en el pensamiento de Miguel de Unamuno es indispensable para poder entenderlo. Se puede decir que él vivió en carne propia la angustia y la desesperación por la muerte. Le preocupa, le causaba un inmenso dolor, saber que como seres humanos somos finitos, que esta “carne y hueso” que nos compone materialmente no es Nada porque en realidad no somos nada y la nada es el no-ser, el vacío y es precisamente esa vaciedad la que creaba en Unamuno un sentimiento de “angustia”, de “congoja”. “Moraleja: Todo se acaba en este mundo miserable, hasta los cuentos y la paciencia de los lectores”.¹⁷

¹⁵ Unamuno, Miguel de, *Diario íntimo*, p. 26.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 27.

¹⁷ Unamuno, Miguel de, y *va de cuento*.

Le preocupaba excesivamente no saber en qué terminamos, vivió desesperado por el problema de la muerte, la muerte del hombre que existe, de todos nosotros y en particular, la suya.

Unamuno ve a la muerte como “soledad”. Morir significa estar solo, absolutamente solo, ya que se muere solo, al igual que se nace solo. En realidad todos nacemos para morir y vivimos para morir. Se encuentra en esto un proceso dialéctico, una paradoja, una contradicción o tal vez esta es la ironía de que se da en la insuperable relación vida-muerte.

Unamuno llevó su angustia por la muerte hacia una pasión y lo convierte en ese “sentimiento trágico por la vida” por eso es la muerte un sentimiento trágico que sienten los hombres.

Debo aclarar que personalmente nunca se definió con certeza con respecto a la muerte, porque él y su razón no le permitía encontrar una respuesta definitiva, su religión le abrumaba, con sus dogmas y principios, por eso se aleja con un remordimiento que le perseguiría toda su vida.

La muerte la ve como un sentimiento que nos persigue, que nos atosiga y sobre todo nos acosa en cada día que vivimos, ya que la vida humana es tan delicada y nosotros somos tan frágiles para mantenernos en la existencia, sobre todo nuestra corporeidad no soporta tanta existencia, en cambio el sentimiento del hombre es siempre mantenerse en la existencia, el hombre nunca quiere morirse, y ese es el problema de todos los carnales.

La muerte es el gran drama en la existencia personal de todos nosotros los hombres. La vida trae consigo la muerte por lo tanto es una relación contradictoria y absurda. ¿Por qué tengo que morirme? ¿por qué vivir implica algún día morir? Esas serían las preguntas que se haría Unamuno constantemente al reflexionar con respecto a la muerte.

Para los existencialistas humanistas la muerte es finitud absoluta y esencial. No hay acabamiento ni totalidad de vida; el hombre no puede jamás llegar a ser dueño de su existencia porque la muerte no nos viene de fuera, accidentalmente, la muerte nos viene de dentro, es nuestra suprema posibilidad, o esencia. El hombre es un ser para la muerte. Mi muerte es mi posibilidad personal más auténtica porque la creo al extremo de mi vida, y sin embargo, está en todos los instantes de mi vida, ya en el acto mismo de empezar a vivir.

El gran problema filosófico para Unamuno fue su actitud o tal vez ¿postura? ante la muerte. Ya que su sentimiento personal lo plasmó en toda su obra tanto literaria como filosófica. Se puede señalar también que Unamuno nunca aceptó la muerte como lo más natural a la esencia humana, siempre mantuvo un sentimiento de angustia, de incertidumbre o miedo ante el hecho seguro de la muerte, que es lo más propio a la naturaleza del hombre. Su gran problema fue rechazar la muerte y eso lo afirma varias veces cuando dice ¿por qué tengo que morirme?, ¿por qué el vivir implica morir? Aquí queda clara esa actitud tan negativa hacia la muerte. Incluso a veces puede parecer Unamuno un hombre excesivamente soberbio o engreído en donde se rebela sutilmente ante el inevitable suceso de los hombres que es la muerte, que a todos nos ha de acontecer.

También ese sentimiento de rechazo ante la muerte es la suma de todo lo que implica morir. Para esto el primer sentimiento presente ante la muerte es que la muerte es un acontecimiento totalmente caracterizado por la sorpresa, es algo inesperado, simplemente llega y sorprende a los que me rodean. O también se puede caracterizar porque caminar hacia la muerte implica acabamiento, deterioro, dejar de ser algo que me agrada y enfrentar mi fragilidad humana, ir hacia la muerte implica dolor, padecer por algo que me causa sufrimiento. Sobre todo ver que otros como yo nacen y tal vez tengan más vida de la que posiblemente me quede a mí.

Se entiende a la vida como un compartir, relacionarse con otros hombres en igual condición de esencia que yo, o sea de “carne y hueso”, sin embargo, cada uno se muere “solo”, cada uno de nosotros debemos asumir nuestra propia muerte, por lo tanto la muerte representa a la soledad.

Cada hombre tiene que enfrentar por si mismo su gran reto, el de su muerte. En este problema el hombre se encuentra concretamente y ante si mismo sólo, aislado. No es posible la compañía, “el que tú como hombre la compartas conmigo”. Porque la compañía o la convivencia con el otro, el “otro de carne y hueso, como yo” termina en la vida. Por eso la muerte suprime o vence la compañía del otro. La muerte es la soledad absoluta, es el silencio y el agotamiento de esta vida terrenal. Y esto significa una “tragedia”, ese es el sentimiento trágico de la vida para Unamuno. Es el gran problema en la vida del hombre. Esa es la paradoja de la vida humana. Ese acabamiento de lo corpóreo con su brillante

vitalidad que a lo largo del transcurso se va opacando, debilitando, podríamos decir que cada instante morimos un poco. Y el dormir es morir por un lapso de horas. Pero al que tenemos oportunidad de volver a reincorporarnos a la vida.

La muerte implica miedo ante lo desconocido, porque es el acabamiento de lo terrenal, pero no sabemos propiamente ¿Qué es? y más trágico aún ¿cuando nos moriremos? Unamuno ve y entiende a la muerte con un tenor desmedido, y está traducida como la nada.

El deseo, el anhelo y hasta la obsesión de toda su vida fue la persistencia del alma más allá de la muerte.

El tema de la muerte y de la supervivencia agitó su alma y se manifiesta a lo largo de todos sus escritos.

Unamuno desea vivir para siempre. Le atemoriza o aterra la idea de dejar de ser. Incluso prefiere el infierno a la aniquilación total. En sus libros describe la muerte con morosidad, como si quisiera anticiparse a su experiencia. Se constituye en una especie de dios-demiurgo para crear personajes que se complace en hacer morir, como si tras esa muerte que él le da pudiera penetrar en lo que habrá más allá de la suya.¹⁸

Toda su vida y todas sus obras son una tenaz y persistente *meditatio mortis*. Quiere perdurar siempre. La aniquilación total le aterroriza más que el infierno mismo: “Tiemblo ante la idea de tener que desgarrarme de mi carne, tiemblo más ante la idea de tener que desgarrarme de todo lo sensible y material de toda sustancia”.¹⁹

En una palabra que con razón, sin razón o contra ella no me da la gana morirme. Y cuando al fin me muera, si es del todo, no me habré muerto yo, esto es, no me habré dejado morir, sino que me habrá matado el destino humano.

Ve a la muerte acompañada con un sentimiento de pánico, el encontrarse solo en el tiempo.

La muerte es la aniquilación del hombre, del ser concreto. La muerte al igual que la soledad está llena de misterio, es una especie de abismo.

¹⁸ Guillermo Fraile, *Historia de la filosofía española*, p. 221

¹⁹ Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, cap. VIII, p. 121.

Todo este sentir con respecto a la relación vida-muerte, Unamuno escribe en un libro de cuentos titulado *Y va de cuento*, lo siguiente: “¡La vida! ¡En ella me he enterrado, he muerto en vida, en ella! ¡Hay que vivir! ¿y para qué? ... Esto es ¿para qué? ¿Para qué todo? Dígamelo ¿para qué? No quiero inmolar mi alma en el nefando altar de mi fama ¿Para qué?”²⁰

En la medida en que Unamuno plantea los problemas de la vida y la muerte, cuando define la cuestión principal a la que está sujeta la existencia humana, es decir, la seguridad de que “vamos a morirnos” y la ¿posibilidad? del logro de la inmortalidad pone de manifiesto, como fundamento de las soluciones propuestas, su comprensión del hombre en su realidad individual. La relación contradictoria de la vida y la muerte, sólo es tal en el marco de la existencia humana entendida como individual, fijando los límites de ésta, a la vez que impone los dictados de la razón a la conciencia humana que trata de evadirlas y que, por sobre todo, aspira a obtener la eternidad.

Si el problema es precisamente el de la inmortalidad como máxima aspiración y esperanza del hombre, no se plantea como cuestión que atañe al hombre en general o a la humanidad, sino a cada hombre en su realidad individual.

Y este es el camino que sigue Unamuno en el desarrollo de toda su concepción. Se revela el problema de la existencia y muerte del hombre como individuo, es la expresión de su angustia de lo individual.

La vida encierra un conflicto, que es aprehendido por la subjetividad humana, el gran conflicto de vivir es la muerte inseparable, inevitable. Y esa toma de conciencia conduce al hombre a percibir la inseparabilidad de la vida y la muerte. Pero aquí se debe tener en cuenta, o más bien concientizarnos de que vivir muriendo es vivir realmente cada instante de la existencia del hombre. Cada individuo se desgarran en los modos de existir, lo que encierra la causa de su “tragedia”, la contra posición entre lo temporal y lo perdurable, lo perecedero e imperecedero. Lo temporal en la vida es expresión de la ausencia auténtica en la existencia del hombre, pues sólo al rebasar los límites que fija lo temporal en el hombre, la vida o la existencia auténtica, cuyo sustento en la realidad se da a través de la

²⁰ Unamuno, Miguel de, *Y va de cuento*, p. 11.

contra posición vida.-muerte, y esto es lo que encierra en sentimiento trágico de la vida humana.

CAPÍTULO III

LA FE

*La fe es un hecho,
y como hecho hay
que estudiarla.*

Unamuno, Miguel de, *Diario íntimo*.

El tema más impresionante de su filosofía es el de la fe. Para él, la fe no es racional, no pertenece al entendimiento, es algo ciego e irracional, del sentimiento, de la voluntad, brota de la indigencia de algo que necesitamos. La fe consiste en querer que una cosa sea y con esto el pensamiento unamuniano rechaza la definición del catecismo: “fe es creer lo que no vimos”.

Hay que vivir dominados por la pasión. La fe brota de la angustia y la lucha (agonía) entre la razón y sentimiento. La razón dice que no o que no sé, pero la voluntad y el corazón dicen quiero, en esto consiste la fe. Después de negar con la razón a Dios y la inmortalidad, y con el corazón desea, quiere que sean y que puedan existir eternamente.

Se recluye Unamuno en un agnosticismo radical, niega positivamente la capacidad de la razón para trascender el conocimiento del orden físico y parar poder afirmar ni demostrar nada acerca de Dios y la naturaleza del alma pero al igual que los modernistas y pragmatistas no se resignan a su finitud, no acepta sus limitaciones, y de cierta manera le cuesta trabajo aceptar su “debilidad” humana”. Unamuno buscó toda su vida racionalizar, y obviamente no lo consiguió (aquí se muestran claramente sus grandes contradicciones)

“Quiero consuelo en la vida y poder pensar serenamente en la muerte. Dame fe, Dios mío, que si logro fe en otra vida, es que hay”.²¹

Esta frase de Unamuno es una muestra de que en la vida hay que sostenerse de algo para seguir viviendo y ese algo es la fe.

²¹ Unamuno, Miguel de, *Diario íntimo*.

También dice Unamuno al lograr la fe en esta vida: “Dame fe, Dios mío, que si logro fe en otra vida, es que hay”.²²

Aquí muestra el espíritu soñador y la esperanza que fue su compañera ante la difícil vida que en cierto modo el buscó.

Fe es creer en algo sin haberlo visto. La fe se caracteriza por ser algo irracional, algo que carece de explicación racional pero que sólo con el hecho o el acto de creer se da, sucede o acontece. Fe es querer que algo sea porque yo lo creo, porque yo siento que así ha de ser.

El problema de la fe en el existir va a ser una lucha constante del hombre entre la razón y el sentimiento que surge en tener o querer trascender sus límites.

El hombre de fe es un hombre que pasa la mayor parte de su vida o existencia reflexionando, tomando plena conciencia de sí mismo, como individuo singular y concreto, y así asegurar algo de su vida concreta aunque racionalmente se demuestre todo lo contrario, y la eternidad le sea incierta, y se convenza a sí mismo de su debilidad o limitación.

La fe es ante todo racional, va más allá de los límites del entendimiento humano y sobre todo queda excluida del quehacer y alcance filosófico.

La fe es amor incondicional, irracional. La fe es la adhesión a algo vivo, a un hombre real o ideal, es la facultad de admirar y sobre todo de confiar, en lo que no se tiene.

La finalidad del hombre es la felicidad. Su sueño, vivir para ser feliz. Construir su felicidad.

“El fin del hombre es hacerse feliz”. Y la fuente de la felicidad es la esperanza. Y la fe la madre de la felicidad.²³

La fe religiosa para Unamuno es verdadera porque nos hace posible la vida y nos proporciona ilusión y esperanza, y sobre todo hace a la vida más llevadera.

El hombre que va al lado de la fe tiene un carácter comprometedor en la existencia que le ha tocado vivir. Este hombre existe en determinado modo y se ha comprometido

²² Ibid.

²³ Ibid., p. 102.

consigo mismo a resignarse, a esperar, a querer, a creer en el absurdo porque el fondo de la conciencia, ésta le demuestra que no puede ser eso sólo lo que cree o quiere.

El hombre de fe vive en la esperanza infinita de que algo pueda suceder. El no saber cómo, ni cuándo, pero él se empeña en seguir creyendo, en seguir su existencia esperando, en satisfacer su vida o se es feliz sosteniéndose en lo absurdo, esperando un futuro incierto plagado de la angustia.

La condición de la fe es que crece, vertiéndose y repartiéndose se aumenta. Es el verdadero amor incondicional que se cree ciegamente aunque no haya visto, ni haya sentido. La fe y el sentimiento del amor se identifican entre sí, uno es consecuencia del otro ya que se unen para crear una forma de vida o actitud hacia la vida. La fe es la adhesión a algo vivo, a un hombre real o ideal.

3.1 La lógica contra la fe

El único papel de la lógica es “un ciego de nacimiento que cobra la vista”, es concordar sus nuevas impresiones con el sistema de las antiguas rectificando la interpretación de éstas. Tal es el papel de la lógica en la fe. (Diario Íntimo)

“Y he aquí como yo que huía de todo intelectualismo, volveré a caer en él. Maté mi fe por querer racionalizarla, justo es que ahora vivifique con ella mis adquisiciones racionales y empleé en esta labor mí tiempo. Todo esto para volverme loco”.²⁴

Lógica

“¡Lógica, Lógica! La lógica nos hace sacar consecuencias de los principios establecidos de los datos, de las premisas, pero no da premisas ni nuevos primeros principios.

Pedir Lógica es pedir que no nos salgamos de esos primeros principios que la razón da.

Y ¿por qué he de vivir esclavo de ellos?

No, no quiero ser lógico porque se me han abierto otros principios, y no por la Lógica...”

²⁴ Ibid.

Todos estos fragmentos unamunianos son la demostración de que la fe es antirracional, porque la fe es algo que se siente con el alma, y por lo tanto, contrario al orden de la razón.

Eso da explicación a las contradicciones de Unamuno. Por eso el absurdo y el paradjismo en toda su actividad filosófica. La fe significa confianza y amor, y estos son totalmente opuestos a la razón, a la objetividad.

Fe es creer lo que no vemos, es el alimento de la vida humana.

La fe y el amor pertenecen al deseo íntimo de cada hombre de eternidad o hasta de conservación personal. La fe es un deseo de persistir, o podría entenderse como la meta fija de nuestra existencia.

El objeto de la fe es lo que “no vemos”, sin embargo, Unamuno la traslada al campo de la realidad, porque nos hace posible la vida y proporciona ilusión y esperanza.

Porque tener fe es anhelar y vivir constantemente con el hambre de desear. Y sobre todo “vivir” sumergidos en la esperanza ante la vida y la esperanza enaltece la vida y la dignifica.

CONCLUSIONES

Para Unamuno el tema central de su filosofía es el Hombre, por eso su obra es ante todo antropología. Para él, el mundo carece de sentido sin un estudio exhaustivo del hombre. El hombre para él es, un ser anhelante, un animal angustiado, un deseo de continuidad perpetúa en este mundo, un sentimiento. Ser hombre es el afán incesante de plenitud de querer romper los estrechos límites de nuestra frágil existencia. Esa ansía que lleva consigo el hombre de no perecer, de no querer que el cuerpo se le acabe o se consuma. Es el hombre que lleva un instinto de “perpetuación” y un encadenamiento hacia la vida.

Pero debe entenderse claramente que no se trata del hombre en abstracto, sino del hombre de “carne y hueso” (ese del que tanto hace referencia en su obra *Del sentimiento trágico de la vida*, ese el que nace, sufre, muere...) Porque la abstracción reduce al hombre a esquemas, conceptos, categorías comunes a todos los demás. La abstracción nos lleva a un concepto universal y por lo mismo inexistente y eso al hombre concreto o de “carne y hueso” de nada le sirve en su experiencia personal, o más claro en su existencia.

Para Unamuno solo hay un hombre, es decir solo existe el de “carne y hueso”, solo existe este, ese o aquél, o yo mismo. Y este hombre concreto el de carne y hueso es el objeto y tema de toda su filosofía. Sin el conocimiento o estudio del hombre de “carne y hueso” el mundo carece de sentido, y hasta se puede caer en el absurdo o en la misma nada.

También si se trata del hombre, este se encuentra íntimamente ligado a la contradicción que surge de esa relación vida-muerte, fe contra razón, la relación afectiva entre personas y las cosas. Esa contradicción que lleva consigo el hombre a lo largo de toda su existencia es una de las causas de su angustia, de su congoja, de ese sentir el “alma de bulto”, porque el hombre experimenta en carne propia ese sentimiento o nostalgia de no “dejar de existir”, porque me “tengo que morir”, tanto esfuerzo, tanto por hacer, por sentir, para finalmente dejar de existir esa es una terrible ironía, una contradicción, y precisamente esto fue uno de los grandes problemas a lo largo de toda su existencia y lo plasma en sus obras y su filosofía.

Unamuno llega a considerar a la muerte como su “mayor enemiga”, ese enfrentarse a la nada, al acabamiento de todo, a esa circunstancia por la que todos los hombres tendremos que experimentar, pero sin saber cómo y cuándo que resulta aún peor. El no saber con certeza sin con la muerte acaba todo, o comienza la verdadera vida. Sin embargo, en la muerte Unamuno encuentra un refugio, una compañera anhelada en ciertos momentos buscada y deseada en algunos otros, y finalmente inaceptada y hasta temida. Precisamente por esto se caracteriza Unamuno como un hombre que nunca logró ponerse de acuerdo consigo mismo, ya que su vida, al igual que su obra es angustiosa, poética y heroica.

A veces pienso que Unamuno y cada uno de los hombres, se parecen o que hasta comparten ese sentimiento de hermandad, ya que ante la mirada y juicio superficial resultan incomprensibles, contradictorios, paradójicos. Unamuno se pasó la vida luchando consigo mismo y con los demás reclamando el derecho a contradecirse y juzgar severamente todas sus dudas, tormentos y hasta inconformidades. A pesar de su aspereza y de su desvío hacia la sensibilidad poética que siempre le resulto inevitable en toda su obra, el pretendía no hacer más que “novelas” y es así como se convierte en uno de los filósofos españoles más significativos del siglo XX y a mí juicio un hombre sin tiempo, porque sus dudas, confusiones, sentimientos, deseos de alguna u otra forma son los deseos de todos los hombres. A pesar de que sus obras y personajes son el reflejo de él mismo con sus angustias y debilidades, con sus verdades y nostalgias, todos los hombres quedan comprendidos en la forma cómo describió lo que es “ser hombre.

Existir para Unamuno significa estar angustiado, es ese sentimiento de no saber ¿qué? qué pueda acontecer después de, de este acontecer concreto. Para él existir o vivir la vida, es pensar, un pensar continuo, pero apartado de todo concepto lógico después de todo la vida del hombre no es lógica, porque la razón no siente, esta solo busca causas, pero el alma es la que sabe , y sabe lo que siente.

Pensar en el alma no es un asunto fácil, la vida tampoco es fácil vivirla, entenderla y aceptarla. Todos y cada uno de nosotros lo hemos sentido, el sentimiento hacia la vida misma va dejando una angustia, que revivimos y repasamos ante la vida en cada uno de sus momentos. Porque el vivir, existir es eso el momento o el instante presente de esa manera reafirmamos nuestro ser concretos. De la misma manera en que no sabemos si “soy” o

somos de “carne y hueso”, o hasta de ficción. Su mayor angustia y obsesión que sucederá cuando yo muera, esta idea lo persiguió siempre fue la causa de sus crisis tormentosas que le marcaron la vida.

La fe para Unamuno significa esperanza, pero hay que tener la esperanza en algo concreto, en algo sólido y esto Unamuno como hombre nunca pudo encontrarlo definitivamente. La fe de Unamuno es una fe débil, tambaleante, que a cada dificultad se acaba, pero luego de sus crisis y angustias la retoma. La fe es una forma de de aferrarse a la vida y a todo lo que conlleva. En particular porque la fe está fuera de lo racional, la fe no se razona, sino se siente.

El sentimiento de perpetuidad, Unamuno lo encuentra a través de la fe, el querer seguir siendo, permaneciendo, el no abandonar la vida, aunque no se sustente de una manera definitiva. Por eso, Unamuno aclama la figura del héroe, y la encuentra en el personaje de “Don Quijote”, porque es un hombre que hace posible lo imposible, cree sin haber visto, donde la esperanza es su alimento, su sostén para la vida, ese hombre que la fe lo llena y le soluciona las asperezas de la vida.

BIBLIOGRAFÍA

Fraile, Guillermo O.P., *Historia de la filosofía española, desde la Ilustración*, Madrid, Biblioteca de autores cristianos, 1972.

González Egido, Luciano, *Miguel de Unamuno*, Ed. Junta de Castilla y León, 1997.

París Carlos, *Unamuno estructura de su mundo intelectual*, Madrid, Anthropos.

Unamuno, Miguel de, *Antología poética*, México, Presencia latinoamericana, 1983.

Unamuno, Miguel de, *Del sentimiento trágico de la vida*, México, Espasa Calpe mexicana, 1976.

Unamuno, Miguel de, *Diario íntimo*, Madrid, Alianza Editorial, 1970.

Unamuno, Miguel de, *Vida de Don Quijote y Sancho*, México, Espasa Calpe mexicana, 1985.

Unamuno, Miguel de, *Y va de cuento*, Madrid, Editorial La Oca.